

JOSÉ CARLOS LLOP: UNA CONVERSACIÓN

Daniel Capó
Nadal Suau

**José Carlos Llop:
una conversación**

Aquest llibre ha estat publicat amb l'ajuda de:



G CONSELLERIA
O PRESIDÈNCIA,
I CULTURA I
B IGUALTAT
/



institut d'estudis
baleàrics

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© Daniel Capó y Nadal Suau, 2020

Imagen de la cubierta:
José Carlos Llop en el jardín de su casa con Blixen
Fotografía de Lluç Queralt

De esta edición:

© Editorial Elba, S.L., 2020
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com

ÍNDICE

Propósito · 9

I · 13

II · 38

III · 83

IV · 96

V · 135

VI · 171

VII · 194

Propósito

Con el paso de los años, el nombre de José Carlos Llop ha pasado a cargarse de muchos significados que le confieren un valor casi topográfico en el entramado de mapas sociales y culturales que habita. Así, Llop es un diplomático de las letras españolas en Francia, un representante de cierta tradición francesa e inglesa en España, el ejemplo de un modo liberal (tal vez sería más exacto decir, en dos palabras, libre y culto) de estar en nuestro país como si éste fuera mejor de lo que es (contribuyendo a que sea mejor de lo que es). También ocupa una embajada como representante insular ante la península y, al mismo tiempo, es el contrapunto europeo a una sociedad mallorquina con tendencia al ensimismamiento. Finalmente, y por decirlo con una metáfora que es grata al autor, la ciudad de Palma reconoce en él a su escriba y cronista en democracia, la voz que mejor la ha sintetizado, pensado y continuado en los aspectos vertebrales de su historia. Un escritor urbaniza también la ciudad, la constituye, la preserva. Europa, isla, ciudad: círculos concéntricos que se superponen en finas capas de papel de arroz.

Y un último «significado» de lo llopiano sería el generacional, además en un doble sentido: para empezar, como miembro de la suya. Nacido en 1956, conocedor prematuro del paisaje cultural de su época, partícipe de las expectativas y los desafíos de la Barcelona de los setenta, Llop ha vivido las farsas y resisten-

cias de los ochenta, la resaca de los noventa, la deriva finisecular, la crisis de una globalización cuyas instituciones permanecen a medio edificar, veremos si para siempre. Todo ello se respira en sus libros, a veces de un modo explícito, y otras (como corresponde verdaderamente a la literatura) en forma de atmósferas, tonos, presagios. Pero hay una segunda resonancia generacional en su posición, y es la de transmisor de esa mirada y esas coordenadas a otros más jóvenes que él. Para nosotros, José Carlos Llop supuso en la juventud el descubrimiento cercano de la existencia física del escritor, más allá de mitologías ubicadas siempre en otro lugar. Vivíamos en Palma, o en Mallorca, y nos cruzábamos con Llop; no sólo con él, es cierto, pero especialmente con él, tan Modiano, tan Visconti. Los escritores existían, en efecto. Luego, ha estado siempre presente con la generosidad y el rigor de quien, más que maestro, es amigo, sección *Beau Geste*.

Podría parecer que estamos explicando quién es el autor protagonista de las siguientes páginas. Es inexacto: lo que hemos hecho hasta aquí es, insistamos, recordar qué lugar ocupa hoy en su ciudad, su isla, su continente y su tradición. Para un escritor, ocupar un lugar más o menos preeminente es algo que, en los mejores casos, deriva de su literatura, pero que nunca la explica. Esos «lugares» pueden conllevar malentendidos, reducciones, arbitrariedades. El objetivo del presente libro es, en realidad, el de regresar a la escritura llopiana, en diálogo con el autor, sí, pero sobre todo asistiendo al diálogo del autor con su obra y con los aspectos esenciales de la vida que la ha hecho posible. Una conversación de ideas más que de anécdotas,

aunque no siempre sea tan fácil discernir lo uno de lo otro; una conversación que recorre la poesía, la narrativa, el dietarismo, la producción periodística, la estética, el estilo. En ese estilo está el hombre, ya conocemos la cita, pero también está el tiempo: el de una época que quiso desentenderse del pasado y no lo logró, y el de una mirada asociada a un ritmo único.

La idea de mantener una larga conversación que permitiera a José Carlos Llop revisar las constantes de su obra nos persiguió durante años, y empezó a tomar forma no hace tantos. Tuvo siempre una estructura clara que, por supuesto, la misma naturaleza del diálogo se encargó de sobrepasar o reconducir en muchas ocasiones. La primera cita formal se produjo en el Hotel Araxa, en la calle Pilar Juncosa, en el barrio de Son Armadams, a pocos cientos de metros de la casa que ocupó durante décadas Camilo José Cela: ya empezamos diciendo que el nombre de Llop se inserta en una feliz geografía cultural. El estilo racionalista del Araxa, con su pequeño estanque y sus veraneantes europeos en busca de silencio urbano, es una de las arquitecturas que los amigos asociamos al escritor. Otra es la del centro de Palma, sus calles estrechas, la penumbra: fue en algunos casales de esa zona, hoy reconvertidos en hoteles, a veces, con suerte, ejecutados con buen gusto, donde nuestros intercambios se irían alargando en el tiempo. Fueron reuniones cómplices, muy divertidas, sin olvidar que la verdad obliga, en ocasiones, a formas de precisión no exentas de seriedad quirúrgica.

Una conversación se aproxima a la literatura y la persona de José Carlos Llop con una voluntad simultáneamente sumaria e indagatoria. Sólo requiere del lector

la convicción de que memoria, literatura y honestidad mantienen una relación de interdependencia: partiendo de ese acuerdo, el libro aspira a acoger por igual al conocedor de la obra llopiana y a quien se acerca a ella por primera vez. Eso es compatible con la siguiente evidencia: las respuestas del autor conforman un hilo que se entreteje con su escritura. Puede ser un pórtico o, coyunturalmente, un cierre a la espera del siguiente libro; punto de partida o de llegada. Ésa ha sido al menos la voluntad de quienes hemos trasladado a Llop nuestras dudas, entusiasmos o lecturas. Si hay que imaginar a nuestro trabajo guiado por algún otro sentido, sería el agradecimiento.

DANIEL CAPÓ

NADAL SUAÚ

Palma, primavera de 2019

I

En el origen de su memoria se encuentra un recuerdo extraño y poético: la nevada en Palma de 1956. Lo inusual de la nieve cayendo en una bahía del Mediterráneo parece hablar de su propia escritura: un mundo atmosférico y noble, que conjuga la sensualidad del mar con la textura de la Europa central. Pero además, el hecho de que se trate de un recuerdo imposible –el año de la nevada es también el de su nacimiento– remite a una forma de entender la literatura.

Sí, remite a la memoria. A la literatura como memoria y a la memoria como una forma de literatura, por decirlo con algo más de precisión. Sin olvidar, sino todo lo contrario, la poesía. La nieve es un símbolo poético y en algunas culturas –lo explica muy bien Poe–, un símbolo del mal. Pero no es éste nuestro caso; no lo es en el Mediterráneo y tampoco en Europa, donde sí es un símbolo poético que apunta a la verdad de la naturaleza. Tanto en el norte –recuerde la nieve que cae en *Los muertos*, el relato de Joyce–, como en Mitteleuropa –hay música (pienso en Schubert, por ejemplo) donde se oye caer la nieve, donde se respira su seca humedad helada–. Y por su ajenidad lo es aún más en el Mediterráneo. Yo he visto en mi infancia esa nieve que no pude ver porque me faltaban dos meses para nacer. Vi a mi madre retirándola de la puerta de la cocina que daba a la terraza, con una pala de zinc. Me recuerdo entre las piernas de mi madre, entonces. Lo más pro-

bable es que sea un recuerdo como el de los botones del ama de cría de Nabokov. O el de una nevada posterior (creo que en el 1958 volvió a nevar). Pero durante toda mi infancia y adolescencia –es decir, ahí donde se configura la memoria– esa nieve que recuerdo fue la de 1956. Por un lado, la memoria tomaba forma como tal; por otro, elaboraba sus frutos, los que dan fe de su existencia como estructura de la propia personalidad. Y es en esa fractura entre lo real y lo irreal donde nace la literatura y su necesidad, su voluntad, de convertir en real lo irreal; de construir un mundo paralelo y más real que el mundo real, que tantas veces parece una ficción desmadejada tejida por un mal escritor. Aunque ahora me esté deslizando hacia lo narrativo, más que hacia lo poético. Lo poético –y aquí vuelve a aparecer la nieve– contiene en sí la verdad; lo narrativo es la construcción de otra realidad, pero no necesariamente de lo verdadero. Los libros sagrados lo son porque contienen una forma de la verdad y su indagación. Los otros, no. Aunque no puedan entenderse unos sin otros, y a la inversa.

Simone Weil escribió que la belleza es consecuencia de lo extraordinariamente frágil o de lo extremadamente distante. Cabe suponer que la belleza de la memoria es su fragilidad o su distancia...

La belleza y la fragilidad de la memoria, como la de los ángeles de Rilke, también radican en lo terrible. No en lo terrible metafísico, sino en lo terrible cotidiano. Es decir, la soledad cuando no es buscada. Tener memoria es como ser recto moralmente. Dos cosas